

No, monseñor Rouco

LA VANGUARDIA, Editorial, 26.11.08

SOSTIENE el cardenal Rouco Varela, presidente de la Conferencia Episcopal, que "a veces es necesario saber olvidar para lograr una auténtica reconciliación". He ahí unas palabras sabias que, sin embargo, se contradicen con el espíritu escasamente conciliador de algunos medios de comunicación dependientes de la Iglesia. Medios a los que les cuesta hallar la senda de la moderación, pese a la clara advertencia efectuada el pasado mes de junio por la permanente del episcopado. Esperemos que monseñor Rouco, sinceramente preocupado por la reconciliación, halle la manera de hacer efectiva la viva preocupación de casi todos los obispos españoles.

No sin dificultad, nuestro diario viene defendiendo la necesidad de evitar que la legítima reparación de las víctimas de la barbarie del pasado implique la mitificación excesiva de algún capítulo trágico. Tan peligroso como mostrarse indiferente a las víctimas, es revivificar las emociones que llevaron a los españoles al fratricidio de 1936 y a los oscuros años del franquismo.

El proceso iniciado durante el pontificado de Juan Pablo II mediante el cual la Iglesia católica ha desarrollado una intensa reivindicación de los mártires religiosos de la Guerra Civil tiene algunos aspectos discutibles. Tal proceso arrancó con una evidente carga política internacional (afirmación católica en la fase final de la guerra fría), pero se acrecentó en España a medida que se apagaban los ecos de la transición.

En algunos procesos de beatificación de las víctimas de la bárbara persecución religiosa de los años treinta, el componente ejemplar y piadoso se ha confundido con el objetivo de reforzar la presencia en España de una cristiandad política militante. En este aspecto, estamos lejos de la prudente distancia que los papados de Juan XXIII y Pablo VI establecieron con el mito de la cruzada de 1936. Estamos algo lejos de aquellos prudentes y valerosos obispos de la transición que, con los cardenales Tarancón y Jubany a la cabeza, favorecieron la paz, fomentaron la democracia y saltaron por encima de la brecha que separaba a los españoles creyentes o no creyentes, franquistas o demócratas, con sensibilidad española o vasca o catalana, reunidos por primera vez en la historia alrededor de una libertad sin ira. Es legítimo que la Iglesia se preocupe de honrar a quienes murieron por su fe religiosa. Pero al remover la historia, no puede ignorar que hay víctimas del otro bando que aún esperan digna sepultura.

No, monseñor Rouco. No puede pedir olvido quien parece no olvidar. Quien beatifica a sus muertos - repetimos, de manera legítima-, no puede olvidarse de todas las demás víctimas de la Guerra Civil. De todas. Al defender solamente a los mártires católicos, Rouco coincide con sus antagonistas. Coincide, per negationem, con los que, con la excusa de reparar a las víctimas del bando republicano y a los perseguidos por el franquismo, pretenden reverdecer emociones que debemos atemperar y superar, para afrontar con éxito los inquietantes retos que el siglo XXI nos plantea.